

Residente permanente

Abril 25, 2021 – Dr. Leopoldo A. Sánchez M.

1 Juan 3:16-24

En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros. Así también nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos. ¹⁷Pero ¿cómo puede habitar el amor de Dios en aquel que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano pasar necesidad, y le cierra su corazón? ¹⁸Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. ¹⁹Y en esto sabemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestro corazón delante de él, ²⁰pues si nuestro corazón nos reprende, Dios es mayor que nuestro corazón, y él sabe todas las cosas. ²¹Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios, ²²y recibiremos de él todo lo que le pidamos, porque obedecemos sus mandamientos, y hacemos las cosas que le son agradables. ²³Este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como Dios nos lo ha mandado. ²⁴El que obedece sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. En esto sabemos que él permanece en nosotros: por el Espíritu que él nos ha dado.

¿QUÉ NOS DICE EL TEXTO?

- La Primera Carta de Juan debe interpretarse a la luz del Evangelio según San Juan. Son muchas las expresiones o frases que estos libros comparten. He aquí dos ejemplos que aplican al texto de 1 Juan 3:16-24. Observemos cómo los textos conectan el amor de Dios con la obra de Cristo y con el mandamiento divino:
 - 1 Juan 3:16 dice: “En esto hemos conocido el *amor*: en que él *dio su vida por nosotros*.” De manera similar, Juan 15:13 dice: “Nadie tiene mayor *amor* que éste, que es el *poner su vida por sus amigos*.”

Para el Camino

- 1 Juan 3:23 dice: “Éste es su *mandamiento*: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y *nos amemos unos a otros como Dios nos lo ha mandado*”. De manera similar, Juan 13:34 dice: “Un *mandamiento* nuevo les doy: Que se amen unos a otros. *Así como yo los he amado, ámense también ustedes unos a otros*” (cf. Juan 15:12, 17).
- Atención especial se le debe dar a los textos, tanto en la Primera Carta como en el Evangelio, que nos hablan de la habitación de las personas divinas—el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo—en todos aquellos que son hijos de Dios por el Espíritu Santo y creen en su Hijo a quien el Padre ha enviado. Por ejemplo, observemos cómo el Evangelio de Juan nos ayuda a interpretar el texto de 1 Juan 3:24 de manera Trinitaria:
 - 1 Juan 3:24 dice: “El que obedece sus mandamientos, permanece en *Dios*, y Dios en él. En esto sabemos que él permanece en nosotros: por el *Espíritu* que él nos ha dado”. En este texto, Dios se refiere al Padre. Sabemos que el Padre habita en nosotros porque nos ha dado su Espíritu Santo.
 - Juan 15:5 dice: “Yo soy la vid y ustedes los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí ustedes nada pueden hacer.” En este texto “Yo” se refiere a Jesús, quien es Dios (“Yo soy el que soy”, Éxodo 3:14). Aquí Jesús es el que permanece en nosotros, y nosotros en él. Todo buen fruto, inclúyase el amor a Dios y al prójimo, viene porque los pámpanos (creyentes, discípulos) permanecen conectados a la vid (Jesús).
 - Juan 17:21 dice: “... para que todos sean uno; como tú, oh, Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste”. En este texto, Jesús ora al Padre para que la palabra de Dios nos haga uno con Dios y entre nosotros, así como el Padre y el Hijo son un solo Dios. Jesús

ora para que la habitación del Padre y del Hijo en nosotros refleje la unidad de amor que el Padre y el Hijo manifiestan entre sí.

- Más específicamente, 1 Juan 3:16-24 debe leerse en conjunto con, y a la luz de Juan 14:15-27. El texto del Evangelio nos aclara cómo se relacionan la obediencia a los mandamientos de Dios y el conocimiento del amor de Dios con la permanencia del Espíritu Santo en el creyente:
 - Juan 14:15-17 dice: “Si me aman, obedezcan mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y él les dará otro Consolador, para que esté con ustedes para siempre: es decir, el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir porque no lo ve, ni lo conoce; pero ustedes lo conocen, porque permanece con ustedes, y estará en ustedes”. En primer lugar, el texto cita el mandato de Jesús a sus discípulos, es decir, que vivan según el mandamiento divino—en particular, que lo amen a él, pero también al Padre que lo envió (cf. Juan 14:21). El amor a Dios resume la primera parte de sus mandamientos.
 - En segundo lugar, el texto cita la promesa de Jesús a sus discípulos. El mandato de Jesús es amar. ¿Pero cómo amar a Cristo y al Padre? ¿Qué tipo de conocimiento nos puede guiar en este llamado al amor? Inmediatamente después, Jesús les da a sus discípulos la promesa del Espíritu Santo, a quien llama Consolador, para que puedan precisamente vivir en amor a él y al Padre que lo envió. El Espíritu hará morada permanente en los creyentes y estos le conocerán íntimamente: “... pero ustedes lo conocen, porque permanece con ustedes, y estará en ustedes” (Juan 14:17). No recibimos el Espíritu porque obedecemos a Dios (por nuestras obras), sino que obedecemos a Dios porque conocemos a su Espíritu que él nos ha dado según su promesa.

- En tercer lugar, la permanencia del Espíritu Santo en el creyente le servirá de guía para así vivir según el mandato de Dios y las enseñanzas de su Hijo. Les promete Jesús a sus discípulos: “Pero el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, los consolará y les enseñará todas las cosas, y les recordará todo lo que yo les he dicho” (Juan 14:26). Aquí no se nos presenta al Espíritu como una persona divina que simplemente habita de forma pasiva en nosotros, sino como una persona activa que, en un mundo tan lleno de oscuridad y falsedad, nos consuela y enseña la verdad (cf. 1 Juan 3:19; 4:6). El Espíritu es el gran maestro y guía de nuestras vidas. Vivir en el Espíritu que habita en nosotros es vivir del lado de la verdad. Tanto la Primera Carta como el Evangelio hablan del Espíritu Santo como el “Espíritu de verdad” porque este testifica de y glorifica a Cristo (Juan 15:26; 16:13-14), quien es el camino, la “verdad” y la vida (Juan 14:6). Pensemos pues en nuestra vida como la escuela en la que el Espíritu Santo nos enseña la verdad y nos guía en la misma.

PARA REFLEXIONAR

1. En la introducción al sermón hablamos del cielo (o los cielos) como la morada de Dios. Pero también dijimos que, por medio de Cristo y el Espíritu Santo, el cielo ha llegado a nosotros aquí en la tierra. ¿Qué piensas acerca del carácter de Dios cuando consideras que él no solo vive en lo alto, y por ende por encima de nosotros, sino que también quiere vivir con los quebrantados, los pecadores y los humildes de corazón?
2. El sermón habla de la habitación del Espíritu Santo en el creyente, usando la imagen de un residente permanente que, a diferencia de un turista que viene por un rato y luego se va, tiene la intención de establecerse y quedarse por siempre en la vida del creyente.

¿Qué ventajas o beneficios tiene pensar acerca del Espíritu Santo como un residente permanente en tu corazón y vida, y no simplemente como un visitante pasajero?

3. El sermón habla del Espíritu Santo como un escultor que le da a nuestras vidas la forma de Cristo, es decir, que nos hace parecernos más y más a Cristo en su amor al Padre y su amor para con otros. Un momento de la vida de Jesús que refleja su amor al Padre es la oración. Durante su ministerio, Jesús se va a lugares separados, al monte o la montaña, para pasar tiempo con el Padre en oración. ¿Dónde está tu lugar apartado o monte, aquel lugar, espacio o tiempo para elevar tus plegarias al Padre? ¿Qué obstáculos te dificultan o impiden reservar tiempo para la oración?
4. Siguiendo con la imagen del Espíritu como el escultor que nos va dando la forma de Cristo, otra manera en la que Jesús muestra su obediencia al mandato de Dios es amándonos por medio de su servicio hasta la muerte. ¿En qué áreas de tu vida te ha permitido el Espíritu servir a tu prójimo? ¿Cómo podrías mejorar tu servicio a prójimos en tu hogar, iglesia, trabajo o comunidad? En oración, pídele al Espíritu Santo, el gran maestro de verdad, que te dé las actitudes, habilidades, sensibilidad, pensamientos, hábitos, formas de expresarse, etc. que te permitan servir de la mejor manera posible.